

LA DESOBEDIENCIA CIVIL

Andrés Zaldívar L.

El señor Gustavo Cuevas Farren ha estimado del caso entrar a calificar como irresponsable y demagógico mi planteamiento de promover un proceso de desobediencia civil dentro de la civilidad, utilizando medios pacíficos, para recuperar algo que nos pertenece, que no es otra cosa que vivir en democracia, reconstruyendo la convivencia nacional, mediante el respeto de la dignidad de todos y cada uno de los integrantes de la comunidad nacional.

Este planteamiento lo ha molestado. Entiendo que sea así, ya que su tarea, durante los años de este régimen, ha sido justificar y sostener todas sus actuaciones, aun las más reprochables. Ha sido un gran actor intelectual en la construcción de la institucionalidad vigente, que hoy rechaza la gran mayoría de los chilenos y que ha provocado el repudio generalizado en todas las naciones civilizadas de Occidente, sin distinciones. Para él, al parecer, lo más cómodo es que el país continúe sometido al actual marco de hierro; es más fácil así tratar de imponer planteamientos antidemocráticos.

Trata de descalificar mi planteamiento pretendiendo atacar lo que fuera la gestión del Gobierno del Presidente Frei, en el cual tuve el honor de participar. No quiero entrar en ese debate. Podrá tener el juicio que estime conveniente. Allá él. Más importante es lo que piensan los chilenos que fueron testigos de esa etapa de la historia de nuestro país. No me cabe duda que el veredicto es abrumadoramente favorable a las realizaciones llevadas a cabo por el Presidente Frei.

Muchos errores puede tener cualquier obra humana, lo importante es que las virtudes sean mayores.

A cualquier chileno, para emitir un juicio objetivo sobre este tema, le basta comparar a Chile de 1964 a 1970 con el que hoy día se vive. Sería bueno que el señor Cuevas le preguntara su veredicto a los cesantes, a la juventud frustrada e interdicta, a los pobladores reprimidos y humillados, al empleado público y hombre de clase media empobrecido, al profesional sin futuro, al campesino segregado, al empresario agrícola endeudado, al industrial descapitalizado o quebrado, al banquero intervenido y estatizado, a los intelectuales y académicos censurados o discriminados, a Chile, país sumido en la más grave crisis moral, política, económica y social que haya conocido en su existencia como nación.

Creo que la respuesta sería contundente. A lo mejor, se convencería de que, si bien el papel de imprenta aguanta todo, hay que tener mucho cuidado para emitir juicios sin fundamentos.

Por todo esto, entiendo que el señor Cuevas rasgue vestiduras ante mi llamado de tratar de rescatar al país de la tragedia a la que está siendo empujado, al no buscarse caminos serios para volver a vivir en la normalidad democrática, donde podamos todos los chilenos aportar nuestro esfuerzo para lograr superar la crisis.

El único camino para exigir que se nos devuelva algo que nos pertenece, es el usar los medios pacíficos para que el poder se entregue a quienes corresponde. Los chilenos tenemos derecho a escoger libre y soberanamente la institucionalidad en que queremos vivir y quiénes deben ser nues -

tros gobernantes y representantes. La desobediencia civil es un camino legítimo, así se ha reconocido en todos los tiempos. Un Gandhi y un Martin Luther King, por dar los ejemplos más relevantes, también fueron perseguidos o atacados por algunas personas de mente integrista. Pretendían descalificar a esos conductores morales como activistas, demagogos o agitadores. La historia ha demostrado quién tenía la razón.

Al parecer, lo que se quisiera por algunos es que los chilenos nos mantuviéramos sumisos a esperar que caigan algunas migas de libertad o de derechos para decidir nuestro propio futuro. Es más cómodo, para los que así piensan, vivir en interdicción.

Pensamos diferente. De ahí también que nuestras actitudes o planteamientos no puedan coincidir. Lo importante es reconocerlo. El está por un régimen de fuerza y le gusta, yo prefiero la democracia y la dignidad de los seres humanos.

Puede estar seguro el señor Cuevas que para ello jamás tocaré en la puerta de los cuarteles, como tampoco lo he hecho durante toda mi vida pública. Jamás he sido un golpista, siempre he sido un demócrata y por ello tengo un gran respeto por las instituciones de la República y, dentro de ellas, por las Fuerzas Armadas en el papel que les corresponde.

Artículo publicado en el diario La Tercera de fecha 20 de octubre de 1984.